

FRANCISCO DE QUEVEDO  
ANTE LA ALIANZA HISPANO-TURCA

*Marta Pilat Zuzankiewicz*  
*Universidad de Varsovia*

A lo largo del siglo XVII la política exterior española mantiene vivos dos grandes objetivos heredados de los Austrias Mayores: la defensa del catolicismo y el mantenimiento del predominio hispano. El prestigio de España en la Época Moderna se debe tanto a la función que el país desempeña en la lucha por la unidad espiritual de Europa tras el brote de la Reforma protestante, como al hecho de vigilar la cuenca mediterránea, convirtiéndose en el flanco sur de la batalla contra el Islam. Desde la época de los Reyes Católicos la amenaza turca afecta a los intereses económicos hispanos estorbando el comercio y las comunicaciones marítimas, lo que lleva en consecuencia a varios enfrentamientos con la flota española<sup>1</sup>. El conflicto por la supremacía en el Mediterráneo reaviva en la joven monarquía hispana una fuerte polémica anti-islámica que, una vez terminada la Reconquista, hace sustituir a los odiados árabes por los temibles otomanos<sup>2</sup>.

Bajo el reinado de los primeros Austrias el principal escenario de la lucha contra el turco sigue siendo el mar Latino, donde la presen-

<sup>1</sup> La conquista otomana de Constantinopla en 1453 considerablemente agravó el conflicto entre los cristianos y musulmanes por la dominación en el Mediterráneo, lo que produjo una serie de batallas con la flota española en Otranto y Rodas en 1480, en el archipiélago de la Cefalonia en 1500 y en el norte de África, la campaña del cardenal Cisneros en Orán en 1504.

<sup>2</sup> Bunes Ibarra, 2007, p. 162.

cia otomana constituye un elemento justificador de la dominación de España en esta zona, siendo la única potencia capaz de parar el avance de las tropas musulmanas en Europa<sup>3</sup>. La imagen del monarca hispano que asume la responsabilidad del «alférez de Cristo» y defensor de la verdadera fe, indudablemente llega a reforzarse con la participación española en la Santa Liga, cuyas fuerzas navales coaligadas al mando de Juan de Austria dan un golpe decisivo a la armada turca en la batalla de Lepanto. Ciertamente los motivos de celo por la religión y el tradicional pensamiento de la guerra santa influyen en la actuación bélica de Calos V y Felipe II; no obstante, como observa Miguel Ángel de Bunes Ibarra, ambos monarcas «establecen una política claramente defensiva en el Mediterráneo [...] en la que prima la defensa de las líneas de comunicación y la estabilidad de las fronteras»<sup>4</sup>. De este modo, en ninguno de los dos reinados se realiza una política agresiva, ya que la verdadera preocupación española consiste en liberar el norte de África del expansionismo otomano. Tal opinión parece confirmar el hecho de que la disolución de la Santa Liga<sup>5</sup> haga desviar la armada española hacia la costa africana, de modo que quedan sin realizar los ambiciosos planes pontificios de librar Constantinopla, ocupada por los turcos.

Con la llegada al trono, Felipe III rechaza la actitud beligerante de sus antecesores, lo que permite apaciguar los conflictos y llevar a cabo una política orientada a entablar treguas y armisticios con las potencias enemigas. Por este motivo, a pesar de la petición

<sup>3</sup> El avance turco por la llanura europea llevó a la derrota y muerte del rey de Hungría, Luis II, en la batalla de Mohacs (1526), lo que posibilitó a los otomanos conquistar el reino. Tres años más tarde las tropas del sultán Solimán el Magnífico fueron vencidas por los imperiales. La victoria puso fin al primer asedio de Viena. Mientras tanto, en el Mediterráneo continuó la amenaza de turcos y berberiscos contra el comercio y posesiones españolas en el norte de África. Por este motivo Carlos V decidió organizar dos operaciones navales: el ataque a Túnez (1535) que obligó a los corsarios a retirarse, y la segunda, conocida como la Jornada de Argel (1542), que debido al mal tiempo terminó con fracaso.

<sup>4</sup> Bunes Ibarra, 2007, p. 165.

<sup>5</sup> La Liga Santa, un proyecto de unión de España, Venecia y el Papado promovido por el papa Pío V, se deshizo tras su muerte y la firma unilateral del tratado de paz con los otomanos por Venecia. En vista de que la guerra desbarataba su comercio, el 7 de marzo de 1573 la Serenísima firmó un tratado humillante, renunciando a Chipre y Dalmacia, devolvió a los turcos las plazas conquistada en Albania y aceptó pagar una indemnización. Para más información sobre la Santa Liga y las consecuencias de su disolución ver Menéndez Pidal, 1966, pp. 59-150.

pontificia, el monarca no se decide a prestar ayuda a los cristianos de Hungría invadidos por los otomanos durante la guerra austro-turca (1593-1608)<sup>6</sup>. No obstante, en defensa de los intereses españoles prosigue con la política de combatir la piratería musulmana en la cuenca mediterránea. Los escasos enfrentamientos militares con los otomanos en la época de la *Pax hispánica* en la mayoría de las ocasiones terminan con la victoria cristiana<sup>7</sup>, lo que demuestra la flaqueza del sultán en el mar. El conflicto hispano-turco se intensifica durante el gobierno del Duque de Osuna en Sicilia y más tarde en Nápoles, cuya agresiva política encaminada a limpiar las aguas del Mediterráneo de los musulmanes produce una serie de espectaculares empresas, entre las cuales destaca la toma del puerto de Túnez, La Goleta y Biserta (1612), así como la victoria del Cabo Corvo (1613), considerada como la más importante desde los tiempos de la batalla de Lepanto<sup>8</sup>. Los éxitos de la flota de Osuna en el combate del cabo Celidonia<sup>9</sup> (1616) en el mar Egeo quedan recogidos por su secretario, Francisco de Quevedo, en el soneto compuesto como inscripción en el túmulo del duque:

Diez galeras tomó, treinta bajeles,  
ochenta bergantines, dos mahonas;  
aprisionole al turco dos coronas  
y a los corsarios suyos más crueles.

<sup>6</sup> Durante la guerra austro-turca (1593-1608) el papa Clemente VIII intentó convocar una nueva cruzada contra Turquía con la participación del ejército de Venecia, España, Rusia y Polonia, pero sus esfuerzos diplomáticos terminaron sin éxito. Ver Shaw, 1978, p. 184.

<sup>7</sup> Una vez concluida la alianza con España en 1602, Persia decidió atacar a Turquía, lo que aprovechó el segundo Marqués de Santa Cruz para limpiar de otomanos las islas de Patmos y Zante y la ciudad albanesa de Durrazo (1605). Su campaña fue completada años más tarde con la conquista del puerto norteafricano de Larache en 1610 y la ocupación del bastión de piratas en La Mamora en 1614.

<sup>8</sup> Durante la batalla, que tuvo lugar entre las islas de Samos y Kíos, se capturaron siete galeras turcas, se liberaron 1.200 cautivos cristianos y se capturaron 600 otomanos, entre ellos el bey de Alejandría. Ver Linde, 2005, p. 102.

<sup>9</sup> Los galeones de la flota de Osuna bajo el mando del almirante Francisco de Ribera se enfrentaron en un combate del cabo Celidonia (Chipre) en la costa turca, entre Rodas y Chipre, con una escuadra turca de galeras muy superior en número, varias de las cuales hundieron, desbarolaron a media docena de ellas y las hicieron huir. Ver Linde, 2005, p. 123.

Sacó del remo más de dos mil fieles,  
y turcos puso al remo mil personas<sup>10</sup>.

Quevedo dedica mucho espacio a los triunfos bélicos de su mecenaz tanto durante su gobierno como después de su caída en desgracia y su posterior muerte. En el capítulo XXIV de *La Hora de todos* (1635) alude a su gobierno en Nápoles, convirtiendo de forma poética la provincia italiana en un caballo de batalla de que se sirve el «invencible capitán general» en su campaña contra los infieles:

... le hizo caballo marino con tantas y tan gloriosas batallas navales, que le dio verde en Chipre y de beber en el Tenedo, cuando se trujo a las ancas la nave poderosa de la Sultana y de Salónica, para que le almohazase al capitán de aquellas galeras con su capitana, por lo cual Neptuno le reconoció por su primogénito, el que produjo en competencia de Minerva; acordábase que el grande Girón le había hecho gastar por herraduras las medias lunas del Turco, y que con ellas fueron sus coces sacamuelas de los leones venecianos en la prodigiosa batalla sobre Ragusa<sup>11</sup>.

No obstante, fuera de los elogios de su protector, rara vez menciona Quevedo el problema otomano. Pablo Jauralde atribuye esta evidente disonancia con respecto a la política de Osuna al hecho de que durante los primeros años en Italia, entre 1613 y 1615, el escritor estuviera alejado de las tareas diplomáticas, de modo que la obsesión del «infiel» del duque no provoca en él «más que las típicas fanfarronadas de la época»<sup>12</sup>. Efectivamente, más que la eventual invasión turca la inquietud de don Francisco la despierta otro país, que irrumpe en los dos frentes a los que la Casa de Austria debe atender en la cuenca mediterránea, apoya a los Estados italianos a resistir la presión española desde Milán y ataca las plazas imperiales en el Adriático<sup>13</sup>. La hostilidad de Venecia y sus pretensiones al dominio y mantenimiento del monopolio mercantil en el mar ponen en peli-

<sup>10</sup> Quevedo, *El Parnaso español*, p. 83.

<sup>11</sup> Quevedo, *La Hora de todos*, pp. 202-207.

<sup>12</sup> Jauralde, 1999, p. 304.

<sup>13</sup> E. Beladiez atribuye a las maquinaciones y financiación veneciana el brote de las revueltas de las Provincias Unidas, las campañas de Francia, los motines de los Grisones, las aventuras del Duque de Saboya, las osadías del Turco, así como las intranquilidades en el Imperio. Ver Beladiez, 1996, p. 119.

gro los intereses habsburgos en esta zona<sup>14</sup>. En consecuencia, ante el intolerable crecimiento del poder de la república, por iniciativa del gran Girón se producen varios enfrentamientos con las escuadras españolas y hasta la misteriosa conjuración (1618) en que supuestamente está involucrado don Francisco<sup>15</sup>. El escritor comparte la animadversión de su protector respecto a la Serenísima, a la que acusa de favorecer a los enemigos del gobierno de Madrid. Según observa Emilio Beladiez, el duque ejerce un decisivo impacto en la ideología quevediana:

la propaganda antiveneciana, sabiamente orientada por Osuna, había hallado en el talento quevedesco su más elevada expresión. A través de tan brillante pluma se destilaban las burlas mordaces ridiculizando el poderío veneciano, y se enumeraban las razones que justificaban la realización de una política antiveneciana<sup>16</sup>.

El período en que don Francisco se involucra en los asuntos de la política italiana constituye una fase crucial de la formación de su teoría y práctica política que pondrá de manifiesto años más tarde en el memorial dirigido a Felipe IV, *Lince de Italia* (1628), con el fin de señalar la necesidad de reforzar el dominio español en el Mediterráneo. Presentando un detallado análisis de la situación internacional, el autor insiste en la necesidad de socavar el poder de Venecia al limpiar el puerto italiano de Brindis, situado en la entrada al mar Adriático, para transformarlo en una gran metrópolis que gracias a su estratégica localización será capaz de «ahogar» a la república mercan-

<sup>14</sup> En el *Mundo caduco* don Francisco expone su opinión sobre el conflicto entre Venecia y los uscoques, cuya enemistad sirvió a la república italiana de pretexto para declarar la guerra al imperio en Friuli y encubrir su verdadera intención, que consistía en sembrar la intranquilidad en el Imperio germánico: «usurpar al archiduque Ferdinando (de Austria), ahora emperador, los puestos que tiene por aquel lado en el mar Adriático para quedar con más soberano dominio en la tiranía de aquel golfo» (Quevedo, *Mundo caduco*, p. 131).

<sup>15</sup> Es muy posible que el mismo escritor no participara en la conjuración, aunque su biógrafo Tarsia insiste en que estuvo por esos días en Venecia «a hacer una diligencia de grande riesgo, de la que tuvo la dicha de poderse retirar sin daño de su persona» (Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo*, p. 876). Aunque la leyenda dice que Quevedo abandonó Venecia disfrazado de mendigo, tras burlar a sus seguidores, este episodio nunca ha sido comprobado.

<sup>16</sup> Beladiez, 1996, p. 119.

til. Para conseguirlo el autor no duda en aconsejar abiertamente firmar un acuerdo con el Imperio otomano, apuntando a la conveniencia y utilidad de dicha alianza para la monarquía española:

No trato en si a Vuestra Majestad le es a propósito hacer paces con el Turco (como el rey de Francia, que las tiene y se queda cristianísimo); solo digo que si obsta la ley, que le hallo para confederación más dispuesto que a los herejes, porque él es de otra ley, y estos otros son de la nuestra y contra ella. Si es por el trato, de Inglaterra se trae peltre y cuchillos, y azófar, y polvos, y pellejos, y medias; y de Holanda estaño, y lienzo, y tejidos viles; y de Turquía perlas, oro, plata, ámbar, diamantes, medicinas y drogas, y todo cuanto precioso saben producir el sol y el cielo; y por lo menos se enflaquecía Venecia por el lado que tiene más poderoso, y podía desasosegarla Vuestra Majestad con imitarla en algo<sup>17</sup>.

Josette Riandière La Roche advierte que al escribir dicho párrafo don Francisco pudo estar enterado de las negociaciones que en 1628 llevaron los agentes españoles en la corte otomana<sup>18</sup>. No obstante, a pesar del posible conocimiento de los esfuerzos diplomáticos en Constantinopla, resulta sorprendente que Quevedo, caballero de la Orden de Santiago y defensor a ultranza de la fe, proponga al monarca católico un acuerdo con Turquía. Es de observar que pactar con los países no católicos siempre desataba polémica en España, lo que confirma otro escritor y político experimentado de la época, Diego de Saavedra Fajardo, desaconsejando los tratados entre los católicos y herejes o infieles motivados por la necesidad y conveniencia política. Según el diplomático, la incompatibilidad entre estos Estados impide una amistad duradera, y además, encuentra otra razón importante para disuadir tal solución: el castigo de la Providencia Divina que les espera a los príncipes por sus alianzas con herejes e infieles<sup>19</sup>.

Para descubrir los motivos que llevan a don Francisco a apoyar tal acuerdo resulta imprescindible analizar la complicada red de relaciones, amistades y rivalidades europeas de aquella época. Sin duda alguna, el autor es consciente del progresivo cambio de

<sup>17</sup> Quevedo, *Lince de Italia*, pp. 102-103.

<sup>18</sup> Ver Riandière, 1982, p. 46; Hammer, 1837, p. 115.

<sup>19</sup> Ver Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, pp. 620-621.

dirección de la expansión otomana hacia la Europa Central<sup>20</sup>, lo que demuestra en el *Mundo caduco* (1623) aludiendo a la guerra de los uscoques<sup>21</sup>, valientes guerreros que «siempre han asistido a los reyes de Hungría a contradecir las invasiones de los turcos» (pp. 131-132). A continuación, relacionando los inicios de la guerra de los Treinta Años evoca el apoyo ofrecido al rebelde Federico V del Palatinado por el calvinista Bethlen Gábor, príncipe de Transilvania y vasallo de la Sublime Puerta, quien con las tropas turcas y tártaras asistió a la conquista de Hungría (pp. 160-161). Estas observaciones le hacen reconocer, de acuerdo con la realidad histórica, como el principal frente de batalla contra el Islam los territorios meridionales del Imperio alemán. El alejamiento del peligro otomano debido al involucramiento de Turquía en conflictos con Viena<sup>22</sup>, la larga guerra con Persia<sup>23</sup>, así como la profunda crisis y tensiones internas<sup>24</sup> en consecuencia le hacen dar la espalda al problema musulmán y fijar su mirada hacia una nueva amenaza que proviene de otra parte de Europa.

En la época de la guerra de los Treinta Años el desarrollo del calvinismo y las revueltas religiosas en los países europeos contribuyen a

<sup>20</sup> En el siglo xvii el imperio otomano abarcaba la mayor parte de la península balcánica al sur de los ríos de Danubio y Sava y las tierras de la Hungría central. Los principados de Transilvania, Valaquia, Moldavia y Crimea, que se extendían entre Hungría y el mar Negro, eran sus tributarios. Además, el sultán seguía conservando en África la costa occidental del mar Rojo, la provincia de Egipto, así como los puertos semiautónómicos de Trípoli, Túnez y Argel. En el Mediterráneo su dominación se reducía a las islas del archipiélago egeo.

<sup>21</sup> Los uscoques eran los refugiados cristianos provenientes de los Balcanes desde mediados del siglo xvi asentados en la costa noreste del Adriático que gozaban de la protección del Emperador alemán a cambio de la protección de las fronteras del Imperio contra los ataques turcos.

<sup>22</sup> La guerra austro-turca de trece años estalló en 1593 y terminó con la firma del tratado de paz de Sitva Torok de 1606. Ver Shaw, 1978, pp. 184-185, 187-190.

<sup>23</sup> La guerra con Persia permitió incorporar al Imperio otomano vastos territorios a un precio muy alto: una década de guerra en las rigurosas tierras del Cáucaso y Azerbaián. El sultán Murat IV (1623-1640) al llegar al trono heredó el conflicto con Persia, a que intentó poner fin asediando durante varios meses en 1626 la ciudad de Bagdad. Sus esfuerzos no surtieron ningún efecto, ya que la rebelión de jenízaros le obligó a retirarse. La renovación del tratado de Sitva Torok con el Imperio alemán en 1629 y la participación de Austria en la Guerra de los Treinta Años le permitieron destinar más fuerzas armadas a Persia. Ver Shaw, 1978, pp. 180-181, 188-189, 194-195 y 199-200.

<sup>24</sup> Ver Shaw, 1978, pp. 197-199.

agraviar la situación en los Países Bajos. Esta empeora debido al vencimiento de la Tregua de los Doce Años y la renovación en 1624 de la alianza franco-holandesa dirigida contra del dominio español. El grandioso esfuerzo bélico relacionado con la reanudación de las hostilidades con los holandeses y la participación activa de España en la contienda europea deja la hacienda real debilitada y endeudada<sup>25</sup>. La crisis financiera coincide con el estallido de una nueva guerra contra Francia por la sucesión del ducado de Mantua y Monferrato<sup>26</sup>, cuya estratégica localización lo convierte en una de las piezas clave no solo para mantener el dominio español en el norte de Italia, sino también para asegurar el paso de sus tropas a Flandes. De esta manera España se ve comprometida a afrontar la lucha en dos frentes: el holandés y el italiano.

En el año 1628, cuando Quevedo escribe su memorial, es cuando el Consejo de Estado toma dos decisiones de política internacional de gran transcendencia: intervenir en Mantua y terminar el conflicto de Flandes mediante un acuerdo con los holandeses. Quevedo es consciente de que atender los dos frentes de guerra, además de consumir vastas sumas, puede dificultar los avances militares en las provincias rebeldes. Por otra parte, como partidario de la política belicista del rey Prudente percibe la tregua firmada con los rebeldes como un golpe para la reputación militar española. Por eso, en vista de las complicaciones que se presentan ante el gobierno español se pronuncia en contra de la proyectada paz con los protestantes y, apelando a su experiencia en la materia política, sugiere al monarca otra solución: apaciguar la guerra en la península italiana. Es significativo que ya en los primeros párrafos del *Lince de Italia* señale como responsable del conflicto a la intrigante Venecia: «esta guerra introdujo en público el Duque de Saboya por las pretensiones litigiosas que tiene al Monferrato; mas el contagio vino de Venecia, disfrazado en consejo,

<sup>25</sup> El considerable aumento de los gastos terminó con la suspensión de pagos y declaración de bancarrota en 1627.

<sup>26</sup> La falta de descendencia masculina tras la muerte del Duque de Mantua y Marqués de Monferrato Vicente II dejó en diciembre de 1627 vacío el trono que pretendían el Duque de Nevers, vasallo de la corona francesa, y Cesar II, Príncipe de Guastalla. Este último en realidad tenía menos derechos a la corona, pero contaba con el apoyo de España, que percibía al aliado de Francia como un peligro para sus dominios en el norte de Italia. La guerra terminó con el tratado de Cherasco firmado en abril de 1631, en que se reconocía a Carlos de Nevers como el sucesor del ducado.



y de allí se repartió el propio veneno confitado en Bohemia» (p. 70)<sup>27</sup>. Para evitar el involucramiento de la república en el conflicto a favor de los enemigos de España, el autor aconseja debilitar su poder, amenazando sus vitales intereses económicos: el comercio en el Adriático. En esta particular situación el interés del Estado le permite pasar por alto las diferencias religiosas con el fin de encontrar el apoyo de un aliado de conveniencia, capaz de hacer «hundir» a la república: Turquía.

Llegados a este punto, pasemos al análisis de los argumentos a que recurre Quevedo para justificar el pacto con los turcos. En primer lugar, para evitar acusaciones de inmoralidad y maquiavelismo político el escritor se sirve de un argumento de índole religiosa, insistiendo en que los musulmanes son más propicios para ser aliados de la monarquía católica que los protestantes, ya que los infieles, a diferencia de estos, nunca han traicionado su propia religión. En este razonamiento encontramos un eco de las ideas expuestas por Santo Tomás en la *Suma Teológica*, donde se plantea la cuestión de la infidelidad de los gentiles y los paganos. Al distinguir entre dos tipos de infidelidad, la de los que al profesar la fe del Evangelio la rechazan corrompiéndola y la de los que nunca la recibieron, Aquino llega a la conclusión de que los primeros cometen un pecado más grave: «la infidelidad tiene razón de culpa más por su resistencia a la fe que por su carencia de ella; [...] [de modo que] la infidelidad de los gentiles es la peor» (*Suma de teología*, p. 115). Es interesante observar que este mismo argumento utiliza el papa Inocencio III para convocar en 1208 la campaña contra los albigenses de Provenza, a quienes se considera peores que los sarracenos que solían ser objeto de las cruzadas en el Oriente<sup>28</sup>. Así, apoyándose en la doctrina oficial de la Iglesia don Francisco no solo hace gala de sus profundos conocimientos de la materia, sino que también se aprovecha de ella para refutar las posibles críticas de aquellos a los que puede escandalizar su propuesta.

Como ya hemos mencionado, a finales de la década de los veinte España, agotada por los incesantes conflictos, más que nunca necesita la paz. Por esta razón el gobierno de Olivares entabla por iniciativa

<sup>27</sup> Como observa I. Pérez Ibáñez, esta opinión quevediana no corresponde a la realidad histórica, sino que más bien se debe a su aversión a la república veneciana. Para más información ver Bombín Pérez, 1975, p. 268.

<sup>28</sup> Jiménez Sánchez, 2005, pp. 63-65.

del Duque de Buckingham las negociaciones con Inglaterra y Holanda<sup>29</sup>. No obstante, la intransigente postura de Quevedo con respecto a los protestantes le hace oponerse a la política del acercamiento con Londres, lo que refleja en la comedia *Cómo ha de ser el privado*<sup>30</sup> (1628 / 1629), cuyas fechas de composición probablemente coinciden con las del memorial. Es interesante observar que el experimentado político Diego de Saavedra Fajardo una década más tarde justifica el trato con los no católicos cuando este sirve «para que cese la guerra y corra libremente el comercio», y partiendo de esta premisa considera como lícita la confederación entre España e Inglaterra<sup>31</sup>. Por otra parte, coincide con Quevedo en censurar las *capitulaciones* franco-turcas, un tratado comercial que en realidad constituía una alianza militar sin precedentes que permitía la cooperación en contra de las posesiones mediterráneas de la Casa de Austria<sup>32</sup>. Ambos atribuyen la búsqueda

<sup>29</sup> Tras la derrota de su armada en el puerto de Cádiz Inglaterra intentó reanudar contactos con España. A finales de 1626 empezaron las negociaciones de paz llevadas por Balthazar Gerbier, agente del Duque de Buckingham en la compra de la colección de arte de Rubens. Aunque España no tomó abiertamente la iniciativa para alcanzar un armisticio, los contactos iniciados por los pintores retomados por intermediarios diplomáticos en vista de una posible catástrofe en la política italiana permitieron alcanzar la reconciliación de España con Inglaterra y la firma del tratado de paz del 15 de noviembre de 1630. Ver Elliott, 1991, pp. 330-331, 401.

<sup>30</sup> Una de las intrigas de la comedia gira en torno al fallido intento de alianza matrimonial con Inglaterra de 1623. Los comentarios acerca de las pretensiones y cortejos del príncipe don Carlos revelan la desaprobación quevediana a la unión hispano-inglesa. El autor ve la solución de la crisis política española en el reforzamiento de los lazos con Viena, por lo cual la obra termina con la boda real de la infanta con el heredero de la corona imperial, futuro emperador Fernando III.

<sup>31</sup> Para dotar su razonamiento de más autoridad Saavedra Fajardo se sirve de un pasaje bíblico para trazar una comparación entre la alianza hispano-inglesa y la que hizo Isaac con Abimelec. Ver Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, p. 623.

<sup>32</sup> Tras la pérdida en la batalla de Pavía de 1525 Francisco I de Francia pactó con los turcos, incitándoles a atacar el Imperio alemán a través de Hungría. Una década más tarde, en 1536, llegó a firmar con el sultán Solimán un tratado comercial —las capitulaciones—, una alianza militar sin precedentes en contra de las posesiones mediterráneas de Carlos V. Catalina de Medici, al ver en la Liga Santa el engrandecimiento de la casa de Austria, pactó amistad con los turcos, abriéndoles sus puertas para bases y refugios contra los mismos aliados de ella. La renovación de las capitulaciones en octubre de 1569 permitía la libre circulación de los barcos franceses en las aguas turcas. Enrique IV jamás renunció a la alianza turca y durante su reinado mantuvo un embajador en Constantinopla. Aumentó la marina mercante y logró la firma de un tratado con Turquía, gracias al cual el comercio cristiano en el

del apoyo del Imperio otomano para contrapesar el poder de España a la inmoralidad de Francia, que impone sus intereses políticos a los religiosos. Quevedo incluso llega a indicar el culpable de tal procedimiento: el cardenal Richelieu, a quien llama «el Jano de la religión, que con una cara mira al turco y con otra al Papa» (*La Hora de todos*, p. 315). La acertada crítica de la actitud que adopta el valido de Luis XIII refleja la hostil política de Francia, orientada a formar una serie de alianzas antihabsburgo, debido a las cuales después del *annus mirabilis* 1625 la situación militar de España irá empeorando sin cesar.

Desde la misma perspectiva juzga don Francisco la política de la Serenísima, que procura guardar paz con su temible vecino para no perturbar sus relaciones comerciales en el Adriático, de las que depende la vida de la república mercantil. Muestra su indignación y desprecio hacia la táctica veneciana, relatando en el *Mundo caduco* su conflicto con los uscoques, que protegen la costa croata contra los ataques turcos. Pone en boca de los súbditos imperiales sus propias quejas de que en el mar controlado por Venecia «navegan libremente turcos y moros y holandeses, enemigos todos de la religión católica» y «solo se limpian de los vasallos de los príncipes cuyos son los puertos del golfo que quieren usurparse» (p. 143)<sup>33</sup>. El intento de acercamiento de la república hacia los holandeses y otomanos constituye a ojos del escritor una amenaza no solo para la religión católica, sino también para el comercio hispano y la seguridad en el mar Mediterráneo.

No obstante, cabe recordar que en aquella época no solo los enemigos de España concluyen acuerdos con los turcos. La corte de Viena intenta evitar a toda costa el conflicto con los otomanos durante la guerra de los Treinta Años, por lo cual en 1615 decide firmar con el sultán un acuerdo. Cabe subrayar que firmando las capitulaciones el emperador logra que los derechos y libertades ante-

---

Oriente Medio quedó bajo la protección de Francia. Como observa S. J. Shaw, «French commercial and politics preminence in the Middle East, thus established, lasted into modern times, while the era of diplomatic cooperation between the two empires enabled the sultan and his ministers to undertake new efforts against Venice and Habsburgs» (ver Shaw, 1978, p. 177).

<sup>33</sup> Cabe recordar que el Duque de Osuna tomó una parte activa en este conflicto. En 1617 con apoyo de los uscoques impidió la entrada en el golfo de los holandeses que llegaron en socorro de la república, defendió Ragusa y se opuso a las negociaciones de paz llevadas en Madrid.

riormente otorgados a Francia y Venecia se extiendan a los mercaderes austriacos<sup>34</sup>. Como podemos ver, el factor comercial, postulado por Saavedra Fajardo, desempeña un papel de gran importancia en las relaciones bilaterales entre las potencias europeas y Turquía.

Las opiniones que expresa Quevedo sobre los asuntos económicos a primera vista parecen ser contradictorias. Por una parte, observamos su evidente desprecio del oficio de comerciante, por otra, el autor nos deja ver su verdadera admiración por las riquezas de las repúblicas italianas. Las acusaciones contra los genoveses, «lamparones del dinero» (p. 349)<sup>35</sup>, que encontramos en los *Sueños*, se contraponen a la visión más realista que se presenta en las obras de carácter eminentemente político, donde el comercio resulta ser una necesidad, los vendedores se convierten en algo indispensable y la república en «el más importante y más hermosos escollo de Italia» (p. 100)<sup>36</sup>. De igual manera, pone un énfasis en la inmoralidad de los venecianos, mercaderes afeminados y cobardes que rehúsan la guerra e imponen sus intereses económicos a los religiosos, advirtiendo al monarca:

<sup>34</sup> Ver Shaw, 1978, p. 189.

<sup>35</sup> La censura quevediana refleja ciertos tópicos que les atribuye a los genoveses la opinión pública: el interés por las operaciones rentables, la responsabilidad de los prestamistas por la ruina del país y sucesivas bancarrotas, la codicia de los negociantes culpables de la masiva extracción del oro y plata.

<sup>36</sup> Quevedo reconoce que la amistad de la república resulta fundamental para la monarquía española, siendo su «cajón secreto en donde salvamos el caudal de los franceses e ingleses [...] y de las Indias solo se salvan aquellas barras que cobra Génova» (Quevedo, *Lince de Italia*, p. 101). M. Herrero Sánchez clasifica las estrechas relaciones bilaterales entre España y la república italiana como una especie de simbiosis: «la Monarquía Hispánica fue la encargada de proveer al conjunto de la pertinente protección militar y de amplias posibilidades de promoción para sus elites gracias al acceso privilegiado a sus ricos mercados y a una imponente capacidad de patronazgo regio. Por su parte, la república proporcionó al sistema el crédito y los capitales necesarios para sostener el agotador esfuerzo militar y suministró una serie de recursos navales fundamentales para establecer una adecuada comunicación entre los dispersos territorios de la Monarquía» (Herrero Sánchez, 2005, pp. 9-10). También es de observar que Génova resulta ser una pieza de mayor utilidad en el mantenimiento del dominio español en el Mediterráneo. Debido a su situación geográfica, en el siglo XVI se convierte en uno de los principales vértices geoestratégicos del sistema imperial hispánico. En calidad de puerto natural del ducado de Milán sirve de nexo entre los dominios italianos e ibéricos de la Corona y a partir de la rebelión de Flandes llega a constituirse en el primer eslabón del camino español.

Témalos vuestra alteza en la tienda y no en el escadrón: si venden, y no si pelean. [...] Gente son nacida al logro, destinada al robo; viven en paz con meter a todos en guerra; su tesoro es dar a entender su religión, la que más les vale (p. 137).

Al contraponer los tradicionales valores heroicos representados por los uscoques frente a la vocación mercantil de los venecianos, don Francisco se opone rotundamente a la ambición económica de quien se sustenta del comercio. No obstante, el inmenso atractivo de la riqueza de la república le hace reconocer en *La Hora de todos* la grandeza y sapiencia de Venecia, que «por su grande seso y prudencia, en el cuerpo de Europa hace oficio de cerebro, miembro donde reside la corte del juicio» (p. 252).

La negativa valoración ética de las operaciones económicas tiene su base en los preceptos aristotélicos y la doctrina católica deducida de los Evangelios y las obras de los primeros padres de la Iglesia. Santo Tomás consideraba que el valor moral del comercio dependía de los motivos y la conducta del comerciante: si este solo perseguía el lucro, el comercio representaba un cierto desorden; no obstante, justificaba el intercambio de bienes cuando este ofrecía ventajas a las dos partes y se ejercía en vista de la utilidad pública (*Suma de teología*, pp. 594-595). Siguiendo su doctrina los escolásticos consideraban la economía como un conjunto de preceptos morales cuya finalidad constituía la buena administración de las actividades económicas, fijando su tarea en dirigir conciencias inspiradas por los principios cristianos de conducta.

No obstante, en la Época Moderna el pensamiento medieval resulta ser insuficiente a la hora de adecuar la moral cristiana y el ideal evangélico de pobreza a las nuevas prácticas comerciales, el enriquecimiento de la sociedad y la tendencia a la acumulación de bienes. Intentando dar respuestas a los problemas candentes, los teóricos de la Escuela de Salamanca llegan a la conclusión de que el orden natural se basa en la libertad de circulación de bienes<sup>37</sup>. Su intercambio entre los comerciantes extranjeros constituye un contacto natural entre la gente de diferentes pueblos, tierras, idiomas y modos de

<sup>37</sup> Los pensadores de la Segunda Escolástica tales como Domingo de Soto, Juan de Mariana o Francisco de Vitoria perciben la actividad comercial como moralmente indiferente, subrayando las ventajas y beneficios que trae para el bienestar común. Ver Chafuen, 2003, pp. 73-74.

vida, de forma que no se puede prohibirlo por las diferencias que les separan<sup>38</sup>. La actividad comercial deja de ser condenable, ya que mediante los contratos de compra-venta los hombres pueden conocerse entre sí, lo que hace incrementar entre ellos el sentimiento de hermandad. Tal razonamiento hace que los comerciantes dejen de ser moralmente reprobables, ya que llevan a cabo un servicio importante para el bienestar general.

La postura adoptada por los pensadores católicos parece influir en cierta manera en la actitud de Quevedo, quien censura a Venecia por dejar entrar en sus aguas a los turcos y holandeses, pero parece cambiar de perspectiva cuando analiza fríamente los beneficios que le trae este comercio. Es significativo que no niegue la posibilidad de hacer negocios con los protestantes, a pesar de la política de embargos orientada a su exclusión de los dominios españoles, sino que se centra en analizar la rentabilidad de tales tratos. Adoptando esta actitud, el autor otra vez parece hacerse eco de las enseñanzas de Santo Tomás, quien, aunque condena los negocios con los herejes, no impide a los cristianos tratar con los paganos, sobre todo, cuando la necesidad lo apremia (p. 137). La riqueza oriental, «perlas, oro, plata, ámbar, diamantes, medicinas y drogas, y todo cuanto precioso saben producir el sol y el cielo» (pp. 102-103), le convence a animar al rey a buscar un acuerdo con los otomanos, ya que esta alianza ofrece a la monarquía española, además de debilitar el poder económico de Venecia, un comercio lucrativo que puede aprovecharse, al igual que los tesoros americanos, para defender su posición de hegemonía en Europa.

Quevedo pone mucho empeño en devolver a España su supremacía mundial, pero al mismo tiempo se da cuenta de su trágica situación, limitada en cuanto a realizar posibles alianzas con los países vecinos. Su apego a los imperativos impuestos por el orden religioso le impide olvidar la misión que ejerce la monarquía como baluarte del cristianismo en la Europa occidental. No obstante, en su visión mesiánica e idealista de la historia española aparecen ideas que llegan

<sup>38</sup> Francisco de Vitoria en su tratado *De indis et de iure belli relectiones* se pronuncia a favor del derecho al libre comercio, describiendo las ventajas del intercambio entre los indios y los españoles. Reconoce que el derecho eterno, el natural y el positivo favorecen al comercio internacional, por lo cual los príncipes indígenas no pueden impedir a sus súbditos hacer negocios con los españoles, ni los españoles a los suyos. Ver Chafuen, 2003, p. 74.

a sobrepasar ciertas barreras ideológicas. Al apoyar el proyecto de la unión con Turquía, Quevedo parece seguir la línea casuista, permitiendo al monarca cristiano aliarse incluso con los infieles para proteger sus tierras y la unidad religiosa del Estado. En la Europa moderna las tensiones entre las potencias no siempre pueden limitarse a unas amistades y enemistades fijas y el arte político no puede reducirse al nivel teológico. Esta es la lección que saca don Francisco de su enriquecedora experiencia italiana. Por eso, consciente de la dinámica situación internacional, llega a superar en su discurso político los límites establecidos, dejándose guiar por el deseo de conseguir la seguridad del comercio en la cuenca mediterránea, así como la conservación del orden antiguo y el dominio del Imperio español.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BELADIEZ, E., *El Gran Duque de Osuna. Calavera, Soldado, Virrey «Un Girón»*, Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1996.
- BÉRENGER, J., *El imperio de los Habsburgo 1273-1918*, Barcelona, Crítica, 1993.
- BOMBÍN PÉREZ, A., *La cuestión de Monferrato (1613-1618)*, Vitoria, Colegio Universitario de Álava, 1975.
- BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- BUNES IBARRA, M. Á. de, «El Imperio otomano y la intensificación de catolicidad de la monarquía hispana», *Anuario de Historia de la Iglesia*, 16, 2007, pp. 157-167.
- CHAFUEN, A. A., *Faith and Liberty: The Economic Thought of the Late Scholastics*, Lanham (Maryland), Lexington Books, 2003.
- ELLIOTT, J. H., *El Conde-Duque de Olivares: el político en una época de decadencia*, Barcelona, Crítica, 1991.
- FERNÁNDEZ DURO, C., *El gran duque de Osuna y su marina. Jornadas contra turcos y venecianos*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1885.
- HAMMER, J., *Histoire de l'Empire ottoman*, tomo IX, (1623-1640), Paris, 1837.
- HERRERO SÁNCHEZ, M., «La república de Génova y la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)», *Hispania*, 65.1, 219, 2005, pp. 9-20.
- IMBER, C., *El imperio otomano 1300-1650*, Barcelona, Ediciones B, 2004.
- JAURALDE, P., *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid, Castalia, 1999.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, P., «La Inquisición contra los albigenses en Languedoc (1229-1329)», *Clio & Crimen*, 2, 2005, pp. 53-80.
- JUÁREZ ALMENDROS, E., «Quevedo, Contreras, Duque de Estrada y sus conceptos del Mediterráneo», *La Perinola*, 10, 2006, pp. 361-382.

- LINDE, L. M., *Don Pedro Girón, Duque de Osuna: la hegemonía española en Europa a comienzos del siglo xvii*, Madrid, Encuentro, 2005.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (dir.), *Historia de España*, vol. XXV, *La España de Felipe IV*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982.
- *Historia de España*, vol. XIX, *España en tiempo de Felipe II*, tomo II, Madrid, Espasa-Calpe, 1966.
- QUERILLACQ, R., «Ensayo de una lectura socioeconómica de la obra de Quevedo», *Criticón*, 17, 1982, pp. 13-66.
- QUEVEDO, F. de, *El Parnaso español o las nueve musas castellanas. Poesías heroicas, morales, fúnebres, amorosas, satíricas, burlescas, líricas y sagradas*, Barcelona, 1869.
- *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, ed. L. Schwartz, Madrid, Castalia, 2009.
- *Lince de Italia u zahorí español*, ed. I. Pérez Ibáñez, Pamplona, Eunsa, 2002.
- *Los Sueños*, ed. I. Arellano, Madrid, Cátedra, 1996.
- *Mundo caduco o desvaríos de la edad*, en *Obras completas en prosa*, vol. III, dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2005, pp. 129-183.
- RIANDIÈRE LA ROCHE, J., «Quevedo y el Gran Señor de los Turcos: ¿exotismo o historia», *Criticón*, 18, 1982, pp. 29-60.
- SAAVEDRA FAJARDO, D., *Empresas políticas. Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas*, ed. F. J. Díez de Revenga, Barcelona, Planeta, 1988.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, III, Parte II-II (a), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1990.
- SHAW, S. J., *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, vol. 1, *Empire of the genesis: rise and decline of the Ottoman Empire 1280-1808*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.
- TARSIA, P., *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas, Caballero del Orden de Santiago, Secretario de Su Majestad y Señor de la Villa de la Torre de Juan Abad*, en *Obras completas de Francisco de Quevedo*, ed. L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1952, pp. 851-896.